

Apuntes para la Historia de la Pintura en Jalisco III



Por **MAGDALENA GONZALEZ CASILLAS**

Los pintores regionalistas o populares. José María Mares.

ENTRO DE LA MISMA escuela de Estrada, se encuentra José María Mares, a quien rescató del olvido la ardua labor de investigación que realizó el doctor Rubén Villaseñor Bordes.

Gracias a él es posible saber que Mares, identificado como "El Viejo", para diferenciarlo de Bruno su hijo, quien también blandió pinceles, nació en Guadalajara el año de 1810, siendo hijo de la señora Cruz González y de José

María Mares, de quien tomó el nombre tal vez por haber sido el primogénito.

Estudió pintura bajo la dirección de Uriarte en la Academia de Bellas Artes y copió, de busto, los retratos de los obispos Apodaca, Aranda y Carpinteiro, Colina y Vereá, por encargo del último obispo y primer arzobispo de la diócesis tapatía, Pedro Espinoza y Dávalos. Tales retratos fueron colocados frente a la sacristía de Catedral, excepto uno que quedó en el coro de San Agustín. La ejecución de los mismos debió hacerse a mediados del siglo, pues para 1867 el pintor se había trasladado a Autlán de la Grana, acompañado por una señora llamada Francisca, con la que vivía pobremente en un cuarto de vecindad, a pesar de las habilidades que ambos poseían, puesto que ella era una buena tañedora de arpa que, sin embargo,

nunca se allegó fondos utilizando su destreza musical. Por lo demás, ¿cómo hubiera podido hacerlo? Amasiatada, como estaba, no podía contar con el apoyo eclesiástico u oficial para lucir sus habilidades en las festividades religiosas o civiles, o impartir clases particulares a las pudorosas señoritas de la sociedad provinciana. Su romántica pasión, en pleno romanticismo, tenía, necesariamente, que cerrarle las puertas del conservador ambiente en el que se refugiaron, no sabemos por qué, los dos amantes. Además, ¿qué hubiera podido hacer la arpista por buena artista que fuese?

Del pincel de Mares, el Viejo, se conocen el retrato de Tranquilina Leal, conservado en el Museo Regional de Guadalajara; un San Rafael, en tela; dos Refugianas, tres imágenes de San Francisco de Paula, un San José, varias Dolorosas y un Hijo Pródigo.

Algunas de estas pinturas son propiedad del doctor Villaseñor Bordes; otras fueron destruidas por el fuego al incendiarse la capilla de Autlán, en 1892, y el Hijo Pródigo fue llevado a la ciudad de México.

Mares no pudo practicar el retrato en Autlán porque los ricos terratenientes de la localidad venían con facilidad a Guadalajara, donde preferían ser inmortalizados en aquellos daguerrotipos de tonos sepia que constituían la última novedad y que todavía es posible encontrar en los muros de las salas pueblerinas o en álbumes de familia, casi borrados del todo.

La pobreza en que vivía la pareja, hizo que el pintor pagara adeudos de renta con pinturas religiosas, ya que los ex-votos constituían casi su único ingreso.

En sus pinturas de santos, Mares plasmó cutis sonrosados para satisfacción de su clientela, aunque los combinó con facciones mestizas, dando por resultado un curioso hibridismo. Los rostros varoniles son más realistas y fidedignos. Un vago reflejo de la Academia se percibe en ciertos elementos ornamentales, como la presencia de columnas enmarcando las figuras, y en la actitud estereotipada y formalista de sus personajes. El color, en cambio, es vivo, como el de los papeles de china que decoran las calles para el paseo de una Virgen, como las sedas que trenzan los morenos cabellos y lucen las faldas de las mujeres del pueblo; como las luces radiantes del sur del Estado, como

"los matices grana y amarillo del ocaso, los azules de las lejanías montañosas, los verdes campesinos y el añil del cielo a la hora de la siesta", dice poéticamente Villaseñor Bordes.

El trasfondo de sus figuras refleja el mismo ámbito acreste, pleno de arbo-

ledas, sobre todo robles, guías entrelazadas de bejucos, cascalote, platanillo y demás flora tropical.

Cuando Mares, el Viejo, se fue a vivir a Autlán, hacía ya diez años que su hijo Bruno habitaba allí. Contaba con 20 años cuando, en 1857, lo mandó llamar el cura, de apellido Sánchez, para que colaborara en las obras de reparación de la parroquia. Fijó dorados, pintó paredes y plasmó algunas imágenes durante los doce años que tardó en quedar aderezado el templo. Quizá su labor más importante consistiera en retocar unos óleos dieciochescos, firmados por Balderas, lo que hizo a satisfacción, respetando la composición original y cubriendo la obra por completo, cuando estaba muy destruida. Bruno vivió al amparo de la Iglesia, sin visitar a su padre por no estar de acuerdo con sus devaneos.

Ya hacia el final de la existencia de José María, el Viejo, el temor a las postimerías y el apaciguado ardor de la carne, lo condujeron por sendas más convencionales volviendo la cordialidad entre padre e hijo. Aquel falleció, víctima de una cistitis, la noche del 15 de noviembre de 1885, siendo enterrado en el panteón de Dolores. Mares, el joven, terminó también sus días en Autlán, aun cuando se desconoce la fecha de su fallecimiento. En cambio, es sabido que fue hijo de Ignacia Nájara y que llegó al mundo un año después de que sus padres contrajeran nupcias.

Remigio Patiño

De su vida y obra se conocen únicamente los datos proporcionados por el acucioso investigador que ha sido el doctor Villaseñor Bordes: nació en Ixtlán, "hacienda cuyo casco perdura en el pueblo de El Grullo". En 1843 se casó con Victoriana Sandoval, en la iglesia de Autlán y para 1864, tal vez viudo, vivía con una hermana suya llamada Macaria, en la misma población. Trabajó sólo para clientes particulares, firmando con la inicial de su nombre y su apellido completo. En Autlán se conservan los retratos que hizo de María Gregoria Fierro y Julia Apodaca, en un estilo similar al de Mares, el Viejo, aunque con un dominio muy inferior de la técnica, si bien dueño de mayor gracia.

Después del 64, Patiño abandonó Autlán sin que sea posible saber más de su vida o de su obra.

Tanto José María Mares como Remigio Patiño pintaron retratos ingenuos, pomenorizados y realistas, características comunes a todos los pinceles populares de su época.

Difirieron entre sí en el dominio de la técnica:

"Muchas pinceladas requiere Patiño para sus lienzos; sólo así logra el lustre propio de la seda, el brillo de la piel, el gesto picaresco y el mirar profundo (...). Sus imágenes religiosas, obtenidas con menor dificultad, están trazadas sobre una abundante red de líneas, que le sirven de guías y perfilan el color manejado discretamente: con matices claros y suaves sombras el arte de Patiño cautiva por su delicadeza.

En cambio la mano de Mares no titubea, la motilla de cerdas de línea lo deseado; sin capas innecesarias de aceite logra los destellos del oro, el cutis de mestiza, la fuerza expresiva fisonómica, la textura y los mechones deshilados del rebozo...", dice, en su impecable estilo, el doctor Villaseñor.

Obviamente, los años de Academia, a la son:bra de Uriarte, no pasaron de balde para el Viejo Mares; en tanto que ignoramos si Patiño fue totalmente autodidacta o recibió algunas lecciones en algún taller de pueblo, bajo la dirección más artesanal que artística de un maestro tan improvisado como él.